

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 14 de Junio de 1917.

Número 24.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Documento histórico

EXPOSICIÓN que la Segunda Junta de Defensa del Arma de Infantería entregó al general Marina á su llegada á Barcelona y que dió por resultado inmediato la libertad de la Primera Junta detenida en Montjuich, y que nuevamente se hizo cargo de su puesto:

«Excelentísimo señor: El Arma de Infantería presenta sus respetos á V. E., no por fórmula, sino por afecto. La mejor prueba de disciplina en que quiere permanecer es que elige este paso con preferencia á otro cualquiera. La gravedad de las circunstancias nos obliga á esta determinación.

No sólo el Arma de Infantería que guarnece todas las regiones de la Península y que sólo obedece exclusivamente, en la actualidad, á esta Junta Superior del Arma, sino las Armas de Caballería y Artillería, están resueltas á que en el Ejército rija en lo sucesivo solamente la justicia y la equidad; afirman su determinación de que se reconozca su personalidad para su progreso y defensa de sus intereses, renovando su más sagrado juramento ante su bandera y estandartes de que tales intereses no son los egoístas individuales, sino los sagrados del bien de la Patria, por los que están sujetos y resignados durante tantos años á toda clase de sacrificios, incluso el de su dignidad, desde el final desastroso de las campañas coloniales.

Aquellos desastres, aquellas injustas inculpaciones que sufrió, y que mancillando su honra profesional, laceraba sus pechos de patriotas, es imposible que vuelvan á repetirse, y á esto se llegaría fatalmente si hoy no saliera de su silencio para dar un respetuoso pero enérgico

aviso, que para bien de la Patria debe ser atendido.

Sacrificándonos venimos hace veinte años para dar lugar á que se regeneraran los demás organismos nacionales, cuya atención se juzgó primordial por los Gobiernos de entonces.

Hombres políticos que han ejercido el supremo mando, han confesado en varias ocasiones, ante las Cortes unos, otros ante el país, que nuestro sacrificio ha sido inútil, puesto que aquellas fuentes de riqueza ó de vida nacional no se regeneraron, la Administración no ha mejorado y el Ejército se encuentra en absoluto desorganizado, despreciado y desatendido en sus necesidades: primero, «de orden moral», lo que produce la falta de interior satisfacción, que anula el entusiasmo; segundo, «en los de orden profesional y técnico», por la carencia de condiciones militares que no tiene medios de adquirir, por la de unidad de doctrina que la rija y de material con que realizar sus fines, y tercero, «por las de orden económico», en las cuales la oficialidad y tropa se hallan peor atendidas que la de cualquier otro país, y también en condiciones inferiores á las de las clases civiles, análogas, del propio.

A estas causas de malestar crónico se han añadido últimamente las producidas por la ingerencia del favor, que anula el mérito y desmoraliza al que para lograr un beneficio que se le debe tiene que mendigarlo del personaje influyente, arrastrando á sus pies su dignidad; las causadas por selecciones injustas, por amortizaciones onerosas y no equitativas en relación con los demás funcionarios del Estado, y, en fin, por el convencimiento adquirido de que no terminarán nunca sus males, que á nadie interesan pues han sido muchos los proyectos de reformas, y ni en ellos se veía cariño ni ninguno llegó á cristalizar; otros muchos motivos de disgusto y malestar existen que no es necesario enumerar, pues los dichos son los principales.

Para estudiar el medio de corregir tales graves padecimientos de la colectividad y solicitar respetuosamente por los medios legales de sus superiores autoridades el remedio, presentándoles al propio tiempo las soluciones, se formó la Unión y Junta de Defensa del Arma, que afirmó en su reglamento la firmeza de su juramento á la bandera, su respeto á los Poderes constituidos y á la disciplina y los fines de dignificación y progreso que se proponía. No ha obrado á espaldas de aquélla ni se ha escondido para actuar durante los catorce meses que lleva de actividad; elevó su reglamento á manos de su superior autoridad, y estaba persuadida de que había llegado á las más altas manos; y al no haberle sido vedada su actuación, se hallaba orgullosa de la altura de sus miras y propósitos y de su cordura y morigeración al encaminarse á sus fines.

Dolorosamente sorprendido se ha visto

al ser su Junta Superior arrestada y su mariada sin causa conocida, resultando punible al parecer, su amor á la Patria; destinados á otros puntos, por represalia, algunos de sus adeptos por el único delito de serlo, y por fin, injuriada, desconocida y despreciada la nobleza y lealtad de su proceder.

Estas providencias y el propósito declarado de ahogar los nobles gritos de su alma por el temor, en una colectividad que precisamente hace votos del sacrificio de su vida al jurar la bandera, han colmado nuestra capacidad de sacrificio.

La totalidad del Arma ha resuelto exponer respetuosamente por última vez su deseo de permanecer en la disciplina; pero obteniendo la rehabilitación inmediata de los arrestados, la reposición de los privados de sus destinos, la garantía de que no se tomarán represalias y de que será atendida, en lo posible, con más interés y cariño, y, por último, el reconocimiento oficioso de existencia de su Unión y Junta de Defensa, empeñando, en cambio, nuestra palabra de honor de que jamás será esto fuente de indisciplina, de que no se quebrantará su respeto á los Poderes constituidos por voluntad de la Nación y de que sólo aspira á conseguir los bienes que para el Arma, para el Ejército y para la Patria expresa su reglamento, que se adjunta.

El Ejército, solicita y espera en los cuarteles, en todas las guarniciones de España, la solución de su súplica en un plazo de doce horas, porque para su tranquilidad lo necesita y porque conviene evitar que la prolongación de esta equívoca situación, que dura ya siete días, en los cuales nuestra cordura y subordinación ha sido absoluta, sea piedra de escándalo para el país.

La vuelta á la normalidad será el momento de su mayor alegría.

Barcelona, 1.º de Junio de 1917, á las diez.»

¡AÚN HAY ESPAÑOLES!

Al calor de ese escrito se ha deshecho la nieve de la duda que me helaba, y ha retornado al sitio donde estaba la esperanza que huiera de mi pecho.

Aún hay quien se alza aquí por su derecho al ver que se le niega ó menoscaba, y quien responde de manera brava al que intenta dejar su honor maltrecho.

Aún hay quien se agiganta ante el ultraje y quien su pensamiento no distraza ni rinde á la injusticia vasallaje,

ni cede temeroso á la amenaza.

Aún hay virilidad; aún hay coraje.

¡Aún quedan ejemplares de la raza!

JOSÉ NAKENS

SATISFACCIONES HONDAS

Vivía en París un aristócrata riquísimo, que daba grandes banquetes y preparaba espléndidas fiestas: bailes, conciertos, cacerías... Excuso decir si tendría amigos numerosos, fieles y adictos.

Ocurrió un día poner á prueba aquellas amistades. Invitó á una cacería, y cuando estaban reunidos, fingió recibir una carta en que le anunciaban que estaba arruinado, pues su administrador general, al que nunca había pedido cuentas y si otorgado poderes amplios para comprar y vender, había burlado su confianza, dejándole apenas lo necesario para hacer una vida de burgués modesto; razón por la cual se veía obligado á suspender el sport cinegético.

Los invitados fueron desfilando, no sin hacer protestas de su aflicción por tal desgracia.

La noticia corrió inmediatamente por todo el París aristocrático, la Prensa se hizo eco de ella, y al día siguiente cayó sobre el palacio del inventor de la farsa un diluvio de facturas; los proveedores del gran señor, que nunca tuvieron prisa por cobrar, acudieron solícitos, y como eran tantos, no pudo atender á todos con los miles de francos que tenía en Caja. Acudió entonces á varios de sus íntimos para salir del apuro, poniéndoles al corriente de la verdad, y cada uno se excusó como pudo; lo cual demuestra que ni en broma debe decirse á nadie que está uno necesitado. Y este instintivo ó calculado apartamiento de todo el que necesita, ha sido, es y será siempre. Las excepciones de esta regla son pocas.

Sin embargo, yo he tenido la suerte de encontrar una: la de los lectores de EL MOTIN.

Ya sabía yo, por algunos casos aislados, que había quien se preocupaba de la vida de EL MOTIN, mas nunca creí disfrutar las grandes satisfacciones que estoy experimentando desde que anuncié públicamente que el periódico necesitaba ayuda para seguir publicándose en la forma que está.

Dudo que ningún otro republicano haya recibido tantas pruebas de verdadero afecto como yo de los correligionarios que vinieron al mitin de las izquierdas y á la Asamblea Nacional Republicana, ni que hayan leído cartas tan efusivas, tan sinceras ni tan halagadoras como las que yo estos días. Modestias á un lado, creo haber hecho algo para merecer algunas de las alabanzas que se me prodigan; pero no lo bastante para recibir tantas. Si tuviera que leer esas cartas á alguien, no podría hacerlo, porque se me tomaría la voz.

Me creo tan regiamente pagado de cuanto he hecho en pro del republicanismo y en contra del clericalis-

mo al recibir ahora tantas pruebas de estimación de mis correligionarios, que casi casi me alegro de las reiteradas contrariedades sufridas durante los tres años últimos y que me obligaron el mes pasado á escribir mi artículo *Con la frente muy alta*, después de haber anunciado para no llegar á aquel extremo la venta de los 20.000 duros de libros que poseo á la cuarta parte de su valor.

Como en mi vida busqué las satisfacciones aparatosas de la vanidad, y fui, en cambio, avaro insaciable de las íntimas, calcúlese lo insoportablemente orgulloso que estaré ahora.

Gracias mil á cuantos me las proporcionan, y que la Divina Providencia continúe velando por la integridad de mi cerebro, para poder continuar *moralizando* á curas, frailes, y demás gente ordinaria.

Es lo único que pido en mis cortas oraciones.

Amén.

Resolución razonada

Unos amigos desean que publique en EL MOTIN los nombres de los que han adquirido cartulinas, y otros no.

Yo no lo hice desde luego, porque nadie supusiera que trataba de buscar por la emulación un resultado que quiero deber solamente al interés por EL MOTIN, ó á la simpatía hacia mí.

Decir por ejemplo: «Los republicanos de tal capital de provincia se han reunido para acordar pedirme mil cartulinas, hubiera sido justo, por ser verdad; pero á la vez podía haberse tomado por deseo de hacerlo público para que los de otras capitales los imitasen.

Lo mismo que el haber dicho:

«Fulano de Tal, suscriptor de tal parte, ha mandado el importe de seis suscripciones nuevas que ha agenciado para EL MOTIN.» Esto hubiera sido justo también, por ser cierto; pero equivalía á decirles á todos los suscriptores: «hagan ustedes lo mismo».

Y algo idéntico podía decir de los que han pedido libros, y de los que han proporcionado correspondientes donde no los había, pues ambos casos se han dado.

Y no he dicho nada de eso, por la razón indicada. Es más: ni siquiera he consentido que dos correligionarios de los más prestigiosos recomendaran á sus amigos, que los tienen á montones, la adquisición de cartulinas. No quiero ni debo, repito, buscar por la emulación lo que deseo recabar únicamente de la simpatía personal ó el aprecio en que los republicanos tengan mi labor anticlerical y política.

En este asunto me parezco algo al pescador de caña aquel que no ponía cebo en el anzuelo para estimular á los peces: «el que quiera picar que

pique, y el que no que lo deje»; decía el pazguato.

No obstante lo dicho, complaceré con mucho gusto á los que quieran ver publicados sus nombres, mas será después que se verifique el sorteo.

De hacerlo antes, parecería como que me arrepentía de mi resolución primera, que tomé teniendo en cuenta que los habituales lectores de EL MOTIN, sólo por el hecho de serlo, se diferencian de los que están acostumbrados á ver sus nombres en los periódicos que leen, siempre que elogian ó felicitan á un jefe.

Jefe que seguramente no se verá más elogiado ni felicitado que yo ahora, sin haberlo sido nunca de nadie, ni esperar nadie nada de mí.

Preguntas contestadas

1.^a Si estuve en el mitin de la Plaza Toros.

—Sí; en el número 21 de la grada sexta.

2.^a Por qué no fui á la tribuna con la plana mayor del republicanismo.

—Porque siempre rehú el exhibirme en ese sitio. Sólo en dos ocasiones lo hice. Una, en aquel mitin celebrado en el Frontón Central, en que se pidió por monárquicos y republicanos la revisión del proceso de Montjuich. Otra, el 25 de Marzo de 1903 en el teatro Lírico al pactarse la Unión republicana.

3.^a Por qué no accedí á que la Comisión zaragozana que asistió á la Asamblea, presentase una proposición para que yo la presidiese, por ser el decano de los que han trabajado en pro de la Unión.

—Porque no hubiese sabido por dónde andaba. Ni una vez sola he presidido ningún acto público. Y ponerse voluntariamente en ridículo á mi edad, en que ya lo está todo hombre por derecho de escalafón, hubiera demostrado que estaba ya *chalina* del todo.

He dicho.

RUEGO

Vuelvo á hacer á mis compañeros de provinciaas el de que se sirvan señalar en el número que envían á EL MOTIN las noticias que publiquen referentes á las travesurillas que cometen suelen los por mí tan amados ministros del Altísimo.

Como cada vez leo con más dificultad; se me escapan algunas, y me dolería en el alma que ellos creyeran que me iba cansando de moralizarlos, misión que voluntariamente me impuse al comenzar á escribir, siendo así que siento cada día más vivo el deseo de traerlos al buen camino.

El espacio que dedico en este número á la travesurilla del Padre Remigio, dignísimo escolapio que ha per-

forado un niño en la Habana, prueba el interés grandísimo que continúan inspirándome los individuos de la respetable clase sacerdotal.

Cine clerical

El dinero del diablo

—Usted, señá Liboria, siempre tan trabajadora.

—Estoy echando unos *piaños* á estas medias de los chicos. No sabe usted lo que rompen y estropean; tenían que ser las medias de hojalata, y aun así habría que llevarlas al estañador.

—Es claro, no están nunca quietos...

—Y con lo caro que está todo... Mire usted, la suela va ahora más cara que el jamón.

—Es cosa de la guerra.

—Sí, es la disculpa de todos los que venden; por supuesto que la tal guerra traerá muchas ruinas, pero algunos bien están haciendo su agosto.

—Sí; todos esos perdidos y *flamasones* que defienden á los franchutes. Dicen que hay periódico de esos malos que escriben contra los curas, á los que le dan cinco mil duros al mes. ¿Qué le parece á usted?

—Pues que es una mentira muy gorda. En mi casa no entra más que un periódico de esos malos que usted dice, y si la casa no cambia de arriba abajo, el dueño va á tener que poner un puesto de castañas ó de manojos de ceniza.

—Eso lo dirá para hacer el paripé. ¿Qué periódico es ese?

—EL MOTIN.

—¡El Dulce Nombre! ¿Pero usted lee esa obra del infierno?...

—Algunas veces, cuando hay un ratillo de gandulería.

—Vamos, señá Liboria, nunca hubiera creído eso en usted. No crea usted nada de lo que dicen en ese papelucho... A costa de los tontos, buenos miles de duros tendrá *achantao* el tío ese, que debe ser un demonio en persona, que lo escribe.

—Sí; los tiene de papel... mojado, ó sea en libros que nadie le compra; lo cierto es que ahora se ve obligado á hacer una rifa y da mil libros por una peseta.

—¡Lo que discurren estos impíos! ¡Mil libros por una peseta! ¿Se podría hacer este despilfarro si no estuvieran detrás los *flamasones*?

—Pero, mujer, si eso lo hace para no verse obligado á suspender el periódico.

—La lástima es que lo empezara. ¡Cuántas almas habrán ido al infierno por su culpa!

—No diga usted majaderías... Lo que sí podría usted decir es que aquí no hay republicanos ni vergüenza, porque si no ese semanario tendría más de un millón de lectores.

—No lo permita Dios... Por supuesto, que si pasa apuros bien empleado le está. No los pasarán *La Semana Católica* y *La Lectura Dominical*: como hacen un bien, Dios se lo premia.

—Es que hay muchos imbéciles.

—Es que el dinero que se da por esos papeluchos, es el dinero del diablo y por eso no luce. Además, todos estos descamisados que leen estas infamias, no tienen un céntimo.

—Y si lo tienen se lo guardan, y luego se quejan de que *pogresa* la reacción.

—Mejor: la lástima es que quede un liberal con cabeza.

FRAY GERUNDIO

Pueblo modelo

No será mayor la alegría del viajero que va por el desierto cansado y muerto de sed al encontrar un oasis, que la experimentada por mí al enterarme de que en esta nación nase abundantemente clerical *sin creer en nada*, hay una población de trescientos vecinos, Algimia de Alfara, en la provincia de Valencia, donde los actos civiles son el pan nuestro de cada día.

Se han verificado ya los siguientes:

23 matrimonios.

40 inscripciones.

Y 42 enterramientos.

Si en todas las poblaciones hiciesen lo mismo, y en la misma proporción dado el vecindario de cada una, dentro de un par de años veríamos completamente descatalizada, es decir, regenerada á España.

Y ahora que hablo de Algimia de Alfara, aprovecho la ocasión para aplaudir al párroco que les ha tocado en suerte, por el interés que se toma en que sus feligreses disfruten de salud perfecta. Para ello les aconseja que cuando estén enfermos no llamen á los médicos, que son unos sacacuartos, sino que se metan entre sábanas un Cristo y un rosario, y se curarán como con la mano.

Algún impío malicioso supondrá acaso que lo dice con el propósito de proporcionarse algún entierro que otro, ya que tan pocos le caen, gracias al buen gusto de los que dejan dispuesto al morir que les archiven en el cementerio civil, más yo rechazo la suposición esa. Lo hace sin duda con el propósito de que no se gasten en médicos y medicinas lo que tengan, para que puedan dárselo á él á cambio de misas, sermones y demás alimentos espirituales; alimentos que si no sirven para echar buenas pantorrillas los feligreses, son indispensables para que las eche el previsor ministro del Altísimo.

Y lo que dirá él con el gitano del cuento:

En este mundo j... udío
cá uno va á su avío
y yo voy al mío.

LA CONFESIÓN

MEMORIAS INTIMAS

Tenía yo diecisiete años. Mi madre era una respetable señora, algo seria, algo seca; pero muy rígida en cuanto á las costumbres. Los libros de mi padre, que yo había hojeado varias veces, contenían una lectura insípida, pero muy moral.

Sali del colegio á los quince años, y puedo afirmar que, en lo que toca á los

peligros del mundo, tan ignorante como había entrado. No sabía de la naturaleza sino que daba nieves y fríos en invierno, flores en primavera y calores en verano; no sabía del amor sino que las muchachas casaderas tenían novio. En este punto mi ignorancia era absoluta.

El padre Jaime, jesuita, se encargó de abrirme los ojos, de enmendar la torpeza de mi madre. Era un hombre de treinta y cinco á treinta y siete años, fuerte, robusto, sanguíneo, algo tosco y rudo, y sucedió lo que voy á referir á la cuarta ó quinta vez de postrarme á los pies de su confesonario.

Había terminado de exponer mis insignificantes pecadillos, cuando el bueno del jesuita me interpeló melosamente:

—¿Y no queda nada oculto en los repliegues de tu conciencia?

—De nada más me acuso, padre.

—Notó, hija mía, que nunca pecas en el sexto mandamiento. ¿No se te ha ocurrido reflexionar sobre esta prohibición del Decálogo?

Declaro ingenuamente que nunca había meditado el alcance de tal palabra; ignoraba su sentido en absoluto, y así se lo expuse al confesor.

Y entonces vino la revelación brutal de todos los misterios del amor, en su forma lasciva y repugnante, sin el encanto, ni la poesía, ni la sugestión del cariño, sino con toda la desenfundada explosión de la carne.

Renunció á repetir las palabras del jesuita, á pintar sus gestos, sus miradas torpes, su faz congestionada y bestial.

Al final yo no me atrevía á levantar los ojos del suelo; mi frente ardía, mi cuerpo temblaba, mi corazón latía con extraño aceleramiento. Por fin me revestí de valor, me levanté y eché á correr sin darme cuenta de mi actitud.

Cuando llegué á casa me arrojé sollozando en brazos de mi madre.

Y nunca, nunca he perdonado á una religión que posee un arma tan terrible para rasgar en las doncellas el pensamiento virginal y destilar en sus oídos el veneno de la lujuria.

LEONE MARTEL

Con la brevedad posible

El santoral asesinado

Dentro de un par de semanas, no quedará un santo por explotar. Ya se pueden agarrar los sacerdotes á otro negocio, que la cosa va en serio. Y no culpen á Nakens y á sus correligionarios, que ellos no han intervenido en la cuestión.

Los homicidas de la celestial familia, son los tudescos, que mientras le rezan á Dios tumban patas arriba á los santos, apuntándoles al ombligo, para no fallar el golpe.

Estos hechos han venido á demostrar que los curas y los neos no sienten ningún cariño por los santos desde que elevan preces por la causa tudésca. Son unos cómplices con mil agravantes; así que arribe el juicio final, cadena perpetua.

Uno de los asesinados, ha sido San Leandro; otro San Fulgencio y otro San Patricio. No les salvó ni la caridad; recibieron unos cuantos cañon-

zos en los vientres y santas pascuas. Para más infamia, ni recibieron la bendición pontificia, ni tuvieron cirios. El mar les sirve de tumba y no tienen sepulturero.

¿A qué otro santo le tocará caer difunto? ¿Quién sabe!... Al primero que se tropiecen las huestes del kaiser. Lo mismo puede ser á San Jorge que á San Niceto. Los alemanes no reconocen bulas, ni sus cómplices tampoco.

Creo, no obstante, que hay un santo que cuenta con los respetos y simpatías de boches y bocheros: San Dismas es el que siempre tuvo más devotos y vió como todo el mundo le rendía tributo...

«Desde la princesa altiva,
á la que pesca en ruin barca...»

ANTONIO ZARAGOZA RUIZ

Moral cristiana

Me han dicho que algunos de los nuestros desempeñan los oficios más viles junto al lecho del anciano sin hijos, etcétera, etcétera.

San Jerónimo, en su epístola IV.

La simonía es causa de que sea despreciado el sacerdocio. ¿Quién puede venerar aquello que se vende? ¿Quién no considera como vil mercancía lo que se compra? Llena de tristeza tengo el alma: el sacerdocio no puede subsistir donde quiera que sea objeto de comercio. E te gran crimen no sólo es peligroso para los que lo cometen, sino que hace peligrar á los imperios.

San Gregorio.

La curia de Roma no da nada sin dinero; hasta vende los dones del Espíritu Santo, y el perdón de los pecados no depende sino de la moneda.

Pío II, Papa.

Hay confesores que convierten á los penitentes en instrumentos de su depravación, y en vez de regenerarlos por medio de la penitencia, por medio del vicio los hacen esclavos del demonio...

Cardenal Damiano.

Procurad, amados cooperadores, procurar que los fieles no sean inducidos á error por las continuas publicaciones de milagros, profecías, imágenes y oraciones, que para codiciosos mercaderes pueden ser origen seguro de ganancias ilícitas como para la religión son causa de pena y de temores.

Cardenal arzobispo Bonald

Los sacerdotes sólo se diferencian de los mundanos en que se afeitan la barba. Ocupados en continuos devaneos, la codicia los consume; los que debieran amar á los hombres no hacen más que tenderles lazos para hacerlos caer en engaños. Son usureros, y venden las cosas sagradas: hasta el perdón de los pecados venden.

Rathiero, obispo de Verona.

Nuevo ministerio

Incidencias surgidas por el acto de los militares, hicieron presentar la dimisión al Gobierno de García Prieto, y hoy, lunes, se ha constituido uno conservador con estos hombres:

Presidencia, Dato.

Estado, marqués de Lema.

Gracia y Justicia, D. Manuel Burgo.

Hacienda, conde de Bugallal.

Guerra, marqués de Estella.

Marina, almirante Flores.

Gobernación, Sánchez Guerra.

Fomento, vizconde de Eza.

Instrucción Pública, Andrade.

Al saber los mauristas que no había sido llamado al poder su jefe, se reunieron la noche de ayer en su Casino, y los más jóvenes despotricaron ferozmente contra lo que antes decían que era sagrado, destruyeron el retrato de don Alfonso, y armaron el escándalo mayor que jamás dieron verduleras desechadas.

De no habernos encontrado los republicanos como nos vemos, disgregados é impotentes para toda acción, sin inspirar confianza á nadie, y algunos de los que dirigen desacreditados por completo, esta, esta hubiera sido la ocasión de traer la República. Desquiciados los partidos del régimen, perdida en el país la esperanza de que ellos lo salven, ¿quién ni cómo hubiera contrarrestado el empuje del pueblo?

Pero no hablemos del ayer, y sí del mañana.

Si la tremenda lección sufrida no hace variar la marcha del partido, y no formamos inmediatamente Juntas de Defensa, mejor dicho, de depuración, para anular ambiciosos sin grandeza, charlatanes sin meollo, vividores sin conciencia, sustituyéndolos por hombres de convicciones firmes, propósitos honrados y energías salvadoras;

Si en las primeras elecciones que haya, el pueblo sigue prefiriendo los incapaces osados á los inteligentes modestos; los que hacen de la política un negocio inmoral, á los que se perjudican en el honrado de que viven al aceptar el acta, fuera más conveniente, más digno y hasta más revolucionario no acudir á las urnas.

Más revolucionario, sí. Estando como están los partidos monárquicos, acabarían de destrozarse estando solos en el Congreso, y todas las clases que no viven en España de la mentira y la corrupción formarían Juntas de Defensa para barrer de una vez y para siempre la inmundicia que infecciona ya hasta á los que nos hemos pasado la vida gritando que íbamos á limpiarla.

Insistire sobre estos temas, por no disponer de tiempo hoy.

Todo sigue igual

El Manifiesto de la Junta de Defensa de la Infantería, que marca el comienzo de un resurgimiento nacional, sigue en pie, mantenido gallardamente por quienes lo redactaron, fieles á los principios en él expuestos y decididos á que no sea una fogata de virtudes más.

Hay quien propala en voz baja especies tendenciosas para restar las simpatías que de todos los campos de la política y desde el primer momento, se sintieron por ese «acto magno de patriotismo». Es natural que así ocurra; el peligro es grande para cuantos ven deslizarse placidamente su vida en un bienestar paradisiaco. ¿Qué será del cacique, si el ejemplo cun le? ¿Qué del parásito? ¿Dónde irán á parar los jefes y jefecillos de partidos y partiditos que han convivido y medrado conjuntamente, autores ó cómplices de todos nuestros males?

¿Es que creen estos y aquellos políticos que debían los militares haber contado con ellos? ¿Por qué? ¿No son todos iguales? Y siéndolo, ¿no hay que medirlos á todos con el mismo rasero?

Por esto, hay que decirlo muy claro: cuantos sientan de veras la necesidad de una revolución que purifique la atmósfera social española, deben continuar al lado del movimiento iniciado.

Sí; con el elemento armado deben estar cuantos padecen hambre y sed de justicia, especialmente el pueblo.

El día que ambos elementos, que se necesitan mutuamente, se entiendan y se amalgamen, España será salvada.

Libros en venta

Cosas que he dicho

Más cosas que he dicho

Milagros comentados

Yo, hablando de mí

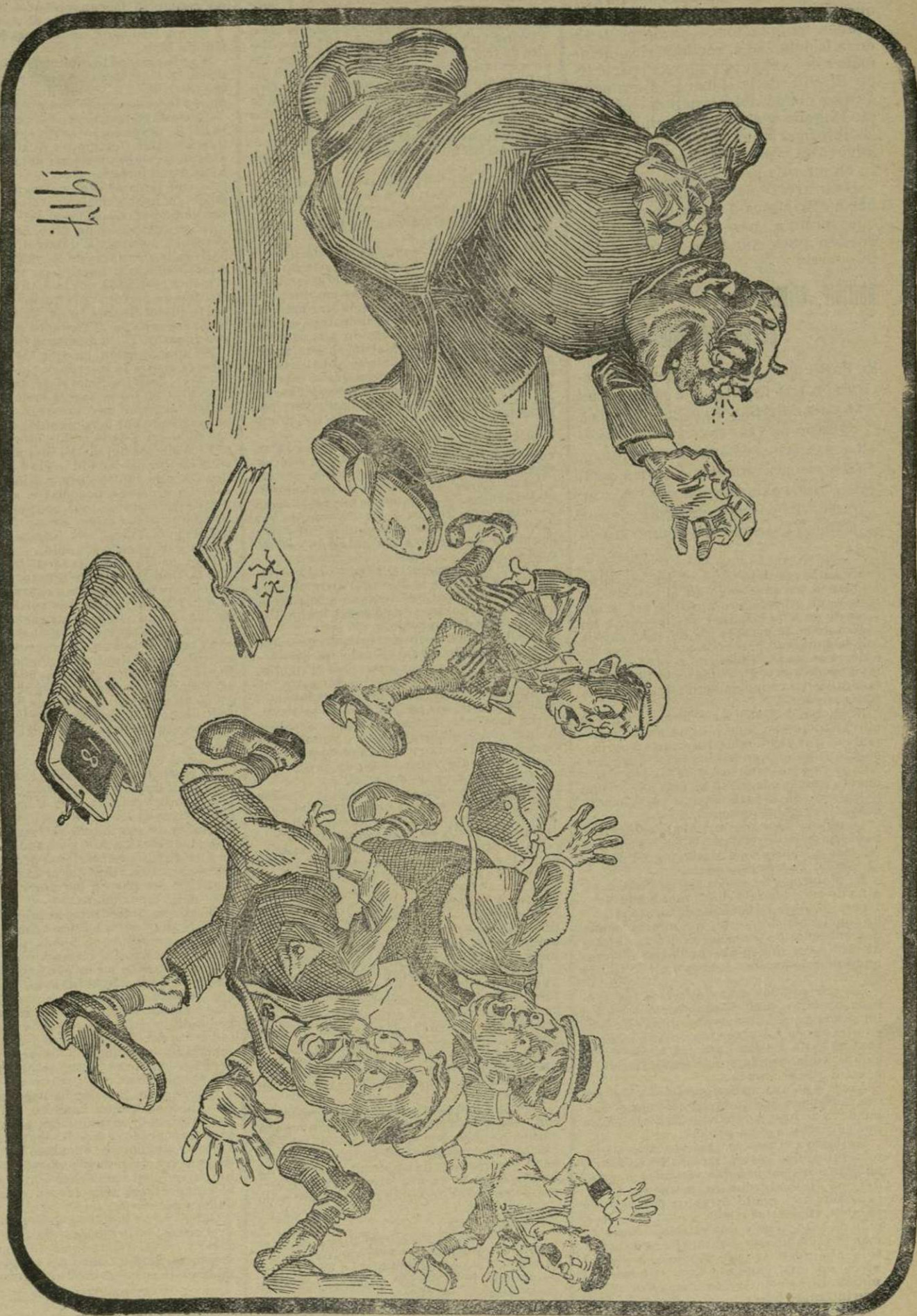
CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO

Inventadas

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

Para los suscriptores el 25 por 100 de rebaja.



1917.

—Huye, que viene el Padre Rogelio!

NOTA.—Esta fotografía nos la ha remitido el director del colegio de R.R. PP. Escolapios, tomada al incenso efervescente en los momentos en que se desarrollaba allí esta película de corrección.

columnas, por encargo expreso del Nuncio Apostólico, el vergonzoso hecho cometido por el Padre Rogelio en la persona de una inocente criatura, y que de tal modo ha escandalizado a la ciudad, no tiene la culpa de verse obligada a sacar

á la vergüenza pública á esos «tucadores» de la niñez que realizan actos de amor al prójimo por el estilo del que acaba de ofrecer ese chayote con sotana. Estas escenas hablan muy alto de la moralidad, buenas costumbres y vida

ejemplar de esos ministros del Señor. Bendigamos á la Divina Providencia, que vela por la juventud educada en las escuelas episcopales y hagamos votos para que el Padre Rogelio alcance el premio á sus virtudes, colegio de R.R. PP. Escolapios.

Después de haber ofrecido en el número anterior dar detalles del suceso que tantas, tan profundas y tan justificadas indignaciones ha despertado en la Isla de Cuba, recibí varios ejemplares del valiente y popular periódico *El Día*, de la Habana, el primero que se ocupó del crimen del escolapio Rogelio y el que ha hecho una de las informaciones más exactas, y más minuciosa y más brillante que he visto en mi vida periodística.

Dedicaré semanalmente dos páginas de *EL MOTIN* a transcribirla hasta que termine, para que mis lectores queden perfectamente enterados de lo ocurrido.

Horrible crimen de un sacerdote y maestro

EL P. ROGELIO, PROFESOR DE UN COLEGIO DE LOS ESCOLAPIOS, SITUADO EN LA CALLE DE SAN RAFAEL, SE HALLA ACUSADO DE VERGONZOSOS HECHOS.—LA MALDAD Y LA INMUNDICIA MORAL, EN MARIDAJE HORRENDO INSPIRARON, A LO QUE PARECE, TODA UNA SERIE DE HECHOS DE LOS MÁS REPUGNANTES QUE CEREBRO ENFERMO HA PODIDO IMAGINAR.

Me hallo perplejo frente a las cuartillas en blanco, porque tengo en el cerebro retratado un espectáculo horrible; por la miseria de un acto criminal realizado por un sacerdote en la persona de un niño infeliz que le confiaran precisamente para que inculcara en su alma ideas de verdad y sentimientos de amor, y porque tengo el corazón lastimado y la conciencia repleta de santa indignación.

El pueblo de Cuba hace largos, larguísimo años, que no conoce de un hecho semejante al que voy a relatarle en esta forma: que pondrá en la picota al culpable. Ni es posible tampoco que pueda darse cuenta exacta por el relato que del mismo le haga yo, de la realidad que pálidamente bosquejaré en las presentes líneas.

La escena tiene efecto en un colegio situado en la calle de San Rafael, entre San Nicolás y Manrique, dirigido y administrado por los Padres Escolapios.

En él ingresó hace cosa de tres meses un niño de once años de edad, nombrado José Lastra, robusto muchacho de ojos vivos y de conciencia despierta, aunque inocente, desconocedor de las miserias que las almas de sentina esconden a menudo tras el gesto humilde y la palabra melosa e hipócrita de sacristía.

Ese niño, que ha sido víctima de los apetitos brutales, desbordados como torrente impetuoso, que hace noventa días se hallara en pleno goce del vigor muscular e intelectual, se halla a estas horas al borde de la tumba, enflaquecido y macilento, atacado y vencido por el crimen.

Junto a él, una madre que llora y un padre indignado que quiere proclamar el deshonra de su hijo, a cambio, sólo a cambio de que se castigue al culpable.

La justicia vengadora, retratada en el gesto del padre, la desesperación de una madre afligida que denuncia las verdades horrendas que junto al lecho de postración del hijo amado, ha llegado arrancando palabra tras palabra, sílaba tras sílaba, de la boca retorcida de la víctima y esta misma, acusación más formidable aún, con su rostro de muerte, constituyen el espectáculo que encombrecen mi inteligencia y hace titubear mi pluma antes de entrar de lleno en el relato que intentaré hacer.

Pero basta. Entremos en materia. El señor Antonio Lastra es un hombre pobre y honrado, que cuida de su hogar como de Dios, en el que ha creído siempre con fe cristiana.

Puso a su hijo en la escuela de los Escolapios de San Rafael, confiando en que los Padres de la Iglesia en quienes su espíritu ha hallado el sumum de la Verdad, infiltrarían en el alma del pequeño esa misma honrada fe que ha sido el sostén de su alma en los instantes de duda, al par que llevarían a su cerebro ideas concretas que al afirmar aquélla, le darían una base sólida de cultura general.

Terminó la primera semana y el niño fué restituido al hogar, para que con sus padres pasara los días que de descanso se les conceden a todos los alumnos en todas las escuelas.

El ojo avizor de la madre no vió que el pequeño estaba intranquilo. La perspicacia maternal no advinó que su hijo querido meditaba en secreto, ni mucho menos pudo descubrir toda una horrenda verdad que ocultaba su delicadeza, cuando José, al llegar la hora de ser restituido a la escuela, con los brazos que temblaban, en alto, suplicante la mirada y el corazón anhelante, le suplicaba que no lo mandase más al colegio, y atribuyó esa su actitud a la general moda de todos los muchachos, que odian por instinto la obligación impuesta de aprender.

El niño fué llevado al colegio contra su voluntad. Sus ruegos nada valieron y la severidad paternal impuso su decisión por encima de todas las consideraciones superficiales e inexplicadas que sus temores esaron permitir que hiciera a los autores de sus días, para convencerlos de que él no debía concurrir de nuevo a las aulas de esa escuela.

Y pasó una semana, tras de la cual volvieron otros dos días de descanso para el niño, al lado de sus siempre amantísimos padres, que esta vez notaron en su rostro las huellas de un dolor desconocido.

Los dos días debieron transcurrir veloces para el pequeño. Llegó el lunes en que debía ser internado nuevamente en el pupillage, y volvieron a repetirse los ruegos y los llantos, sin que valieran las reiteradas amonestaciones de sus padres, que no se explicaron la secreta causa que hubiera podido influir suficientemente en su ánimo para hacerle cambiar tan radicalmente en su condición, siempre reconocida, de muchacho inteligente y amante del estudio.

—Mamá—le dijo—yo no puedo decirte qué razones tengo para no querer ir al colegio, pero te suplico que no me obligues. Quizás algún día yo pueda explicártelo...

La madre no le oyó esta vez, como tampoco en las sucesivas, y el muchacho ingresó de nuevo en las aulas de los Escolapios de San Rafael, hasta que una noche, la de un martes, a la hora en que la conciencia reposa y el cuerpo descansa de las fatigas del día, fué despertada por un individuo que le traía nuevas dolencias: su hijo estaba enfermo y del colegio reclamaban su presencia.

La madre tembló. ¿Qué madre no tiembla al enterarse de que su hijo ausente está enfermo? Y rápidamente debieron pasar por su mente, como en un cinematógrafo, todas las palabras de su hijo, todas sus súplicas para que no le obligara a volver a las clases. Se vistió enseguida, y fuése a donde se hallaba el hijo amado, a donde su deber la reclamaba y su corazón la llevaba casi en volandas.

Y cuál debió ser su sorpresa, su tremenda sorpresa, al encontrar a su hijo convertido casi en un espectro: ajado el cutis, las facciones descompuestas, el cuerpo desgobernado, temblorosas las piernas y brazos y la inteligencia, antes tan vivaz, anulada casi por completo. Y sólo una exclamación salió de sus labios:

—¡Hijo mío!

Sin embargo, la necesidad hizo a su inteligencia serenarse y pensar seriamente sobre el partido que debía tomar. Fué llamado un médico, el doctor Cabrera, residente en la Calzada del Monte.

Este reconoció al niño y creyó hallarse

frente a un caso de dudoso diagnóstico, cuando reconoció la conveniencia de llamar a otros compañeros que con él viesan al niño. Y fueron llamados los doctores Malberty y García Mon.

A toda prisa se le suministraron los cuidados que la ciencia recomendara y el niño fué trasladado al domicilio de sus padres, donde le han seguido atendiendo.

José estaba transformado. Su cuerpo fuerte había degenerado hasta el punto de ser irreconocible. Su madre, a la cabecera del enfermo, velaba en espera del más leve síntoma de mejoría.

—¿Qué te pasa?—solía preguntarle, cuando el muchacho abría los ojos, después de una somnolencia prolongada.

En su cuerpecito de niño, no llegado aún al estado natural de desarrollo, había sido hallada la denuncia de la verdad. Su naturaleza había sido horriblemente, vampíricamente asesinada por la satiriasis agudísima de una persona: ¿de quién?

¿De quién! Eso era lo que faltaba saber, y la madre espiaba el instante propicio para averiguarlo. Y ese momento llegó.

En una ocasión en que José abrió los ojos, la madre lo interpelló.

—Oye, Joseito, dime: ¿Qué has hecho?

El hijo, en los primeros momentos, quiso callar, temeroso de confesar la sucia verdad, pero acosado por las preguntas cada vez más conminatorias de la madre que conociendo por los efectos del mal el mal mismo, le dirigía las que delían inducirlo a la confesión, llegó a ella lentamente, y dijo toda la verdad, no esperada por cierto, relatando en frase entrecortada toda una serie de martirios a que lo sometiera un profesor, el Padre Rogelio, atacado de insana enfermedad aguda y de apetito inabole.

Pero, ¿cómo no relatar toda la verdad, sin que la Moral sufra por branto, aquí donde las buenas formas son tan asustadas como el oro? ¿Cómo relatar las variadas formas, propias de un cerebro enloquecido, empleadas por ese sacerdote para buscar un placer cada vez más intenso, a expensas del infeliz cuerpecito del discípulo? ¿Cómo dar al lenguaje la expresión que se quiere, sin llegar al relato grosero de esos repugnantes hechos? ¿Y cómo callar un hecho que debe conocer todo el mundo, que debe proclamarse a todos los vientos para baldón del culpable?

La víctima de estas atrocidades, en su domicilio, Carmen núm. 22 (altos), con su cuerpecito destruido, yace en el lecho, y es necesario que se acuda en castigo de su victimario, es necesario que se investiguen debidamente los hechos, ya que hay multitud de testigos que se prestan a declarar, y entre ellos varios niños del propio colegio que han visto escenas de las desrrrolladas con ese infeliz muchachito.

No tienen precedentes ni iguales estos hechos. No hay ni ha habido crimen cometido que conozcamos, que pueda parangonarse con el presente. La miseria espiritual que revela éste, es superior por todos conceptos a todos los casos habidos aquí, y es lástima que por una sola vez no se pudiera renunciar a los convencionalismos morales, para poder estampar con letras muy grandes, con todos sus detalles la verdad desnuda, llana, relatando—repetimos la expresión por ser gráfica—los actos vampíricos realizados por ese hombre...

El sacerdote Rogelio, ha llegado al máximo de depravación con ese niño, al que ha corrompido en todos los aspectos, aplicándole todos los procedimientos que el desgaste y reducido por el exceso ha ideado en los más corrompidos lugares del orbe, sobrepunjo en sus hechos a los que han hecho inmortales, tristemente célebres a Sodoma y Gomorra.

Cuba y los hombres deben de sentirse avergonzados de albergar, la primera en su suelo y los segundos de contar entre sus semejantes, fiera humana tan exagerada en la maldad de sus apetitos lujuriantes.

El Día, Habana 8 Mayo 1917.

No es solo el infeliz José, la víctima del sacerdote criminal

EL TESTIMONIO DE MÚLTIPLES TESTIGOS, ALUMNOS EN SU MAYORÍA DEL INFAME VICTIMARIO, COMPROBARÁ ANTE EL JUZGADO, QUE EN SU OBRA DE MALDAD MORAL, NO REPARÓ EL P. ROGELIO EN LA MAGNITUD DE SU ACTO Y ENSOMBRECIÓ LA PLÁCIDA EXISTENCIA DE OTROS MENORES.

Los estudiantes, en cívica manifestación, se dirigen al frente del colegio en que se cometió el crimen, para protestar de la actuación de ese hombre-fiera, y luego a "El Día", vitoreándolo.

Nuestra información de ayer ha producido la honrada indignación en el honrado pueblo, que esperábamos por conocer sobradamente los sentimientos que anida en su alma, hecha de anhelos nobles y de aspiraciones levantadas.

Al difundirse por la ciudad, en *El Día*, la asquerosa actuación del P. Rogelio, una ola de maldición contra él salió de todos los labios.

Continuamos hoy, pues, informando al público sobre el crimen horrendo de que acaba de ser víctima en el colegio escolapio de la calle de San Rafael, el niño de once años, José Lastra.

Oreemos cumplir con esto nuestro deber de periodistas. No es ocultando infamias de semejante naturaleza como se sirven los intereses de la sociedad en que se vive. Es, por el contrario, exponiéndolas, en toda su desnudez, ante la vindicta pública, para que su publicidad haga fácil el esclarecimiento total de los hechos y pueda caer, formidable, sobre el asesino, el peso justiciero de la Ley.

Mal harían los religiosos en cuya comunidad ha aparecido ese ejemplar repugnante de degeneración erótica, tratando de echarle tierra al escandaloso asunto. En todas las esferas de la humana actividad hay hombres buenos y hombres malos. Y la culpa de ese miserable no puede en forma alguna manchar a la dignísima colectividad que, ignorante de su depravación, le mantenía en su seno.

Lejos de desear silencio para lo ocurrido, deben los Padres Escolapios abrir por su cuenta una investigación amplísima, minuciosísima, que ponga a la vista del público el interés que la colectividad se toma porque no quede impune delito tan terrible. No hay deshonor en convivir, inocentemente, con un criminal. Lo deshonroso es hacer causa común con él, darle protección y amparo...

Igualmente deben los padres de los niños que asisten a las aulas de esa escuela, hacer que sus hijos digan la verdad, toda la verdad que sepan respecto de este caso, y de otros que sabemos ha realizado el P. Rogelio, de triste fama entre los niños que para enseñarlos le estaban confiados. Deben, por el amor de sus hijos, que estarán expuestos como el pobrecito José, a ser víctimas de tales atentados, exigir de ellos que les confiesen cuanto sepan, que mucho deben saber, para que se prueben los hechos y el criminal deshonrador del santo ministerio, de la enseñanza que le estaba confiada, reciba el castigo de su enorme culpa.

El éxito de nuestra información nos demuestra que el público sabrá exigir justicia, justicia que se hará, porque no en vano hay un niño de once años que se retuerce en contorsiones, postrado en cama, víctima de los apetitos estúpidos de un degenerado.

El recto juez de instrucción de la sección segunda, licenciado Alberto Ponce, tan pronto llegó a sus manos el ejemplar de *El Día* en que denunciábamos al público, gran juzgador de hechos, los realizados por ese hombre que ocultaba su miseria animal bajo la sotana de agente del Señor, pro-

cedió a la formación de la causa correspondiente, disponiendo que compareciéramos ante su autoridad, para depolar respecto a esos particulares.

Y comparecimos, ayer tarde, ratificando en todas sus partes, nuestra anterior información y prometiendo al Juzgado aportar al sumario todas las pruebas que obran en nuestro poder, respecto al crimen del malvado sacerdote.

También estuvimos breves momentos junto a la cabecera del enfermo, cuya fotografía ofrecemos a nuestros lectores, como prueba de las huellas que la mano criminal, que contamina lo lo cuanto toca, dejó en su cuerpecito extenuado, agotado por la insaciableidad de una fiera humana como el Padre Rogelio.

José está igual que ayer. Su estado, por desgracia, no ha mejorado en nada.

En nuestra anterior información, de ex-profeso, dejamos de exponer muchísimos datos, muchísimas verdades, porque eran demasiadas infamias las que denunciaban para que estuvieran contenidas en tan corto espacio. Pero hoy, queremos, para dar una idea, vaga aún de la magnitud del crimen realizado, decir algo del mal que mata al muchacho.

Está extenuado, agotada su naturaleza. La medula del niño está destrozada. Su primera manifestación fue la pérdida de la memoria. Y cuando la madre fué avisada de la enfermedad de su hijo, lo halló todo convulso, en un estado horripilante, capaz de inspirar compasión a cualquiera que no fuese el Padre Rogelio.

Hoy, el niño José apenas puede hablar y por prescripción facultativa, el doctor Malberty que le asiste, se le habla lo menos posible, pues que su sistema nervioso irritado, le hace conmeverse y retorcerse en convulsiones que pueden costarle la vida, tan pronto hiere su sensibilidad un ruido inesperado cualquiera.

Y hasta su alimentación es al par que defectuosa, difícil, a causa de que por el conducto natural de ingestión no puede tomar alimento, y se ha hecho necesaria la alimentación por el conducto nasal.

Cuanto se pretende hacer que José ingiera por la boca, lo arroja al instante, entre convulsiones de agonía.

A veces, parece que su inteligencia se aclara un tanto, y cuando alguien pretende hacerle hablar o moverlo a sonreír, su rostro se contrae lastimosamente, su mirada adquiere una expresión de melancólico dolor y comienza a expeler sustancias mal olientes.

¡Pobre José! Su dolor, si es cierto que será castigado, no puede ser evitado, según el médico que lo asiste.

Sus familiares, esclavos de su cuidado, no descansan un sólo instante en el cumplimiento de ese sagrado deber. Su pobre madre, se aflige cada vez que un nuevo dolor se manifiesta en el hijo querido.

Y hoy comparecerá ante el señor Juez, para repetir a su presencia cuanto nosotros hemos publicado y todo lo que la moral nos ha impedido decir. E igualmente el autor de esta información presentará ante el doctor Ponce a otras personas que han escuchado la horrible confesión del niño, a quien costó muchas lágrimas de vergüenza, antes de decidirse a referir, a retazos, a la autora de sus días, las vergonzosas escenas en que le hizo actuar la depravada imaginación del padre cura.

En Póquito número 33 reside un niño nombrado Cristóbal Sánchez, condiscípulo de José, y quien seguramente podrá referir al Juzgado muchas cosas, relacionadas con la vida miserable del acusado.

Ese niño nos ha contado cómo el Padre Rogelio, profesor de caligrafía, con su habitual meditada habilidad, llegaba hasta el niño a quien escogiera como víctima, para atraerlo a su lado, y subrepticamente le iba robando la voluntad con los mimos que cada vez se hacían más intensos, hasta aprisionarlo entre sus musculosos brazos de atleta,

que a viva fuerza lo retenía junto a su innoble corpulencia.

A menudo, según el testimonio verídico de ese niño, el Padre Rogelio invitaba a los discípulos a que fueran a su habitación o celda, ofreciéndoles estampitas, y era ya, entre los discípulos del colegio, una frase de ironía y de mofa para sus compañeros preferidos de ese profesor, la de «El Padre Rogelio te da estampitas», como señal de su deshonra...

—Muchas veces—nos ha dicho ese niño—otros compañeros míos, entre los que se encuentran Juan Pérez y Luis Velarde, me han hablado de las preferencias casi públicas que el Padre Rogelio sentía por «Pepito», a quien cargaba y acariciaba, encantado de sus cachetes rojos y de su cutis fino y sedoso, y cuantas veces también hemos visto que el propio Padre atendía solícitamente a otro compañero nuestro, apellidado Velasco, de quien siempre se murmuró que era una de sus víctimas. En otra ocasión pude ver con mis propios ojos que ese cura se permitía determinadas libertades con otro condiscípulo nuestro al darle la clase. Ese niño, de quien no recuerdo el nombre ni sé dónde vive, es fácil de hallar. Su nombre tiene que estar inscripto en la relación de alumnos del plantel...

—Y a ti, niño—le preguntamos—¿no te hizo el Padre Rogelio insinuación alguna indecorosa?

—En varias ocasiones me invitó, a veces con exigencia, a que fuera a su celda para darme estampitas, pero como yo sabía ya cuál era su finalidad, claro está que no fui nunca.

También, continuó hablándonos el niño Cristóbal Sánchez, hay otros muchachos de quienes se hablaba en ese sentido, pero yo no recuerdo ahora sus nombres. Y recuerdo —continuó diciéndonos—que en cierta ocasión se promovió en el aula un incidente escandaloso con un niño de apellido Aenlle, con quien el Padre Rogelio se permitió cierta libertad, por lo que el muchacho cogió el tintero que tenía delante y se lo lanzó al profesor, a quien si bien es cierto que no le lesionó, sí lo es que le manchó toda la sotana.

Comparecerá también ante el señor Juez la joven María Teresa Rusindo, vecina de un departamento de la propia casa en que vive el niño, y la que ha escuchado toda su confesión.

Esa joven es testigo de mayor excepción. Ella no ha perdido de vista un solo instante al niño José, a quien ha observado en todos los períodos de su mal, desde el instante en que lo trajeron a la casa, ya parálítico (porque lo está).

Y de la misma suerte comparecerá la abuelita del pequeño, nombrada Guadalupe Alonso.

Otro niño que dará luz en la investigación de este crimen, es el nombrado Manuel Valdés, residente en Habana núm. 24.

Y si no bastaran estos testimonios, hay otros más. Anoche nos hallábamos cerca de esta Redacción, cuando hablaba con un señor para nosotros desconocido, un alumno del colegio a que nos venimos refiriendo, nombrado Fausto Montiel, de quien hemos sabido que reside en la Calzada de San Lázaro. Este niño relataba a su interlocutor las vergonzosas escenas que el Padre Rogelio provocaba con sus discípulos y terminó contando cómo existen en el colegio dos alumnos internos apellidados Rofles (uno se llama José) naturales ambos de Cárdenas, a quienes, al igual que Lastra, ha hecho víctimas de sus actos inculcables de depravación.

El domicilio de los padres del niño José, ha sido durante todo el día de ayer visitado por multitud de personas, que andando acaso de lo relatado por nosotros, acudían para convencerse de la monstruosidad de lo hecho por el sacerdote aludido. Muchas señoras acudieron allí con sus hijos, alumnos

(Continuará.)

La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

La Unción

Ocurrió que cierto día se encontraron dos gitanos, y por no sé qué motivo, que el caso no está bien claro, dióle uno de ellos al otro tan tremendo navajazo que le hizo venir á tierra como una bola rodando. Acudieron los del orden, hubo gritos y desmayos y sin pérdida de tiempo á la víctima llevaron á la Casa de socorro, como se hace en tales casos. El médico comprendiendo del herido el grave estado, ordenó al punto que fueran por los auxilios sagrados, y de una iglesia cercana al sacerdote avisaron.

Mientras el cura cumplía con su ministerio santo, un monaguillo alumbraba con un cirio entre las manos; y bien por miedo ó por otra causa que aún no se ha explicado, una gotita de cera dejó caer sin notarlo sobre el pie del moribundo, quien dijo sobresaltado: —¿Qué es eso, padre?— La Unción. —¡Pues la trae usted abrasando! A. P.

□ □

Al río caímos los dos; él gritó á Dios, yo nadé; ¡y se ahogó llamando á Dios y nadando me salvé!

□ □

El Diablo predicador

Para propagar el mal con pértidas teorías de fraile el burdo sayal se puso el diablo unos días.

Llegó á un pueblo de Aragón y en su plaza predicando de las gontes la atención poco á poco iba ganando.

Su gran poder oratorio y su dialéctica experta tenían ya al auditorio con toda la boca abierta cuando el ábrego sopló tan iracundo, tan rudo, que del diablo descubrió el apéndice peludo.

Fijó en ello la atención un baturro y gritó: «¡Bravo! Tú no eres fraile, lichón, que estás enseñando el rabo!»

□ □

Pura al confesor decía. «Me estaban, padre, asediando, los tenorios á porfía, y me van abandonando.» Y el clérigo respondía: «Reza, pecadora, reza, ¡desventuradas mujeres! y acuérdate, con franqueza, de mí, cuando no tuvieres á quien volver la cabeza.»

□ □

Un consejo

Tengo tres hijos, Gaspar, y ha llegado, como ves, el instante de fijar el porvenir de los tres.

Y como de corazón te creo mi amigo viejo, en esta grave cuestión quiero pedirte un consejo.

El primero es valeroso noble, de pecho esforzado y espíritu belicoso.

—Pues á ese lo haces... *soldado*.

—El segundo es soñador, de imaginación ardiente, con un volcán en la frente: á ese ¿qué le hago?— *Escritor*.

—El otro, ruin criatura, hipócrita, malo, bruto, vicioso, soez, astuto, —A ese... lo metes... á cura.

□ □

Un confesor que Pilar llena de entusiasmo ensalza, á la Virgen del Henar mandó que fuera descalza.

Y en efecto allá se fué por cumplir la penitencia, descalza de pierna y pie... pero fué en la diligencia.

□ □

La muerle del justo

En el lecho del dolor agonizaba un gitano, teniendo á su alrededor, á la diestra el *confesor*, á la izquierda un *escribano*.

El fraile que le auxiliaba fervoroso y elocuente, mientras la cruz le mostraba, con sus frases le exhortaba á morir cristianamente.

—Ya —le decía— estás listo: ya tienes mis bendiciones; en llamarte justo insisto porque mueres como Cristo...

—Sí padre; entre dos ladrones.

LUIS DEL ARCO

□ □

Porque del pecho enfermó, ó por tener ya cincuenta, á su ama doña Vicenta el padre Blas despidió.

Y la infeliz asegura, con voz que llega hasta el alma, que vive sin bien ni calma porque ya no tiene cura.

□ □

Diálogo

—¿Estuviste en el sermón?
—Con la devoción más pía; ascua de oro parecía la santa congregación.

—¿No te regañó tu esposo por ir tarde?—El animal me esperaba en el portal.
—¿Satisfecho?—Como un oso.
—Lo debe hacer por costumbre.

—De memoria se lo sabe. Toma le dije —la llave; entra y enciende la lumbre.
Si quieres cenar, patatas puedes pelar; vuelvo pronto.
—¿Y se calló?—Como un tonto gobernado por beatas.

—¿Y te fuiste?—¡Ya lo creo!
—¿Por qué te tienta la risa?
—Después del sermón, la misa y después el pindongueo.

Y mientras que mi marido se cenaba las patatas, estábamos tres beatas con... la memoria he perdido.

Adiós; en otra ocasión te contaré lo que pasa.
—¿Vas á gobernar tu casa?
—Cuando vuelva del sermón.

JUAN HURTADO

□ □

Un ladrón, y no muy romo, en un templo penetró, tuvo ocasión y robó capa y caña á un *Ecce homo*.

Por el juez interrogado, con aplomo contestó: De que he sido el ladrón yo, no lo jurará el robado.

□ □

La costumbre

Al mismo tiempo llegaron un fraile y un pordiosero á la morada celeste; llamaron, abrió San Pedro, y los dos con voz muy dulce penetrar allí pidieron.
—¡Siempre lo mismo!—les dijo el santo guardián.—Ya veo que al pedir no os quedáis cortos ni después de haberos muerto. Pero Dios, desde su trono, exclamó digno y severo:

Que pase al punto el mendigo, pues si pidió con empeño, por *necesidad* ha sido de buscar siempre el *pan nuestro*. El fraile... que se retire y que purgue largo tiempo, el pedir siempre y á todos *hasta en la puerta del cielo*.

S. LAZO

□ □

El que quisiere mandar memorias á los infiernos, aproveche la ocasión, que agoniza un reverendo.

(Continuará.)

TIP. «LA [TÁLICA], VELARDE, 12.